

Domingo Melfi

* INES VALENZUELA

“Las editoriales nacionales podrían hacer algunas reposiciones de libros agotados o de libros olvidados que se buscan mucho en los mercados de viejo y que es difícil encontrar. Fueron publicados ya hace mucho. Se hicieron ediciones pequeñas, como correspondía a la temperatura de aquellos años y nadie ha vuelto a acordarse de sus autores”.

Así escribía en LA NACION, en 1940, Domingo Melfi, director del diario hasta enero de 1946, fecha de su muerte.

Hace pocos días, cuando el directorio de la SECH visitó al Presidente Aylwin, dijimos casi lo mismo: los jóvenes no pueden publicar si no costean ellos mismos la edición, y ni siquiera se reedita a los premios nacionales.

Este notable escritor, ensayista y crítico, hombre de vasta cultura, de profunda penetración, nos dejó más de una docena de volúmenes: ensayos biográficos, notas de viaje, artículos de crítica, y una copiosa obra en revista *Atenea*, de la cual también fue director hasta su deceso. Muchos diarios del país, de Colombia, Uruguay, Argentina y muchas otras publicaciones literarias de América guardan sus artículos, editoriales y críticas.

Lo conocí siendo muy niña en Constitución, en donde pasaba las vacaciones de verano. Físicamente era un hombre muy hermoso; parecía un príncipe del Renacimiento. Cuando nos vinimos a Santiago, oía casi a diario a mi padre hablar de él, siempre con admiración. Almorzaba a menudo con Mariano Latorre, Augusto D'Halmar, Luis Durand, y nos contaba mucho de esas conversaciones.

El primer libro de Melfi que leí fue *Portales y Lastarria*. Ese libro me despertó el interés, que aún conservo vivo, por don José Victorino. Después me deleité con *El hombre y la soledad de las tierras magallánicas*. Melfi era un indagador de la realidad y en su obra no se oculta el dolor por el drama de los humildes y de los desamparados.

Pero dejemos que sea él quien exponga su teoría sobre la crítica: “El crítico abre entre el lector y el autor y entre éste y la obra una vía de comprensión, una arteria cálida de luminosa simpatía. Para entrar en los dominios de la naturaleza, hace falta un corazón dispuesto al goce, un espíritu embargado en el deleite de la estimación, capaz de crear y de convertir en amor lo que en la apariencia no es sino vastedad misteriosa. El crítico debe intuir, adivinar”.

Así fue como ejerció la crítica. Fue generoso y estimulante para con la creación de sus pares, algo que hoy se echa de menos.

Habría que reeditar y difundir su obra, porque está absolutamente vigente, y no sólo por la justicia y gratitud que se le debe.

* Miembro del directorio de la SECH.